

## ESPERPENTO de Moliner Vallés

---

Mirando un cielo turbio con ojos de cristal rasgado. Es como un fondo blanco con tintes azules. Sin embargo, unas raíces rojas recorren esos orbitales. Hay humo y un gris amamanta el dolor cansado y pujante que emana de todas las esquinas. Aceras mal levantadas, adoquines rotos. Las personas son en su mayoría rectas, pocas se pueden ver curvas. La luz tenebrosa lo copa todo, el verde es escaso.

Relojes contruidos con los restos de tumbas y muertos, con el objetivo de meter prisa a los próximos que van al mismo funeral. Sus engranajes y agujas tienen un tono fúnebre que atosiga tras la nuca, como soplando livianamente. Nadie puede ceder a sus propias pretensiones, por muy propias que crean que sean.

Mirar desde estos ventanales llega a ser agobiante.

Una nube enferma sobrevuela todos esos edificios llorosos, rotos por dentro al no poder elegir su destrucción. Ahora creen constantemente en una inminente caída; fragilidad, vértigo, toxicidad egocéntrica que les hace ser centro de algo que no quieren.

Un germen usurpa a las personas su identidad, y la proximidad es un fuego lejano. Un virus invisible que pocos pueden observar está latente.

Antes, sus vistazos atravesaban paredes de piel, no existían los ojos cerrados. Podían sentir a través del viento, sin las manos. Cuenta la leyenda que una vez se rechazó la metrópoli por odio hacia ella. Miles se cansaron de tener arrugados los sentidos. Se tiraron al monte a vivir al raso, casi muertos de hambre. Poco a poco, tras los huesos quedó la comunidad. Destruyeron cientos de ciudades y muros de argamasa. Destriparon todos los trajes traidores, las casas de más de tres pisos, los miles de metros cuadrados que embotaban las almas.

Mientras las cabezas daban vueltas y un conglomerado de ideas entretreídas sin sentido merodeaban intentando impregnarse en cualquier rincón posible, las tripas salpicaban como peces de agua, la garganta escocía cruelmente; no había alivio en los manantiales (por el momento). Multitud de clavos se extendían en el pecho y no se sabía por qué; ni los mejores médicos eran capaces de diagnosticar nada. ¿Dónde estaban los dioses o los oídos místicos? Todos huyeron de vergüenza.

Ahora la salida más cercana se asemeja al vacío. La locura es un consuelo y el cansancio que agota es distinto, no es como antaño. La realidad hace tiempo que entró en ebullición, y así sigue, gritando entre burbujas imposibles. Muchos sueñan con pieles de lagarto, ojos que lloran al revés, unas bocas que no saben besar otras. Cientos de picotazos, de gritos sordos, aullidos que se escuchan lejanos, miedos fusionados en cada vértice del cuerpo. Miles y miles de sensaciones cercanas a un muro, a una presa, a la contención de algo, un “no sé qué”. Más que sueños, son pesadillas. Todo el mundo teme a la noche, no se atreven a hablar con ella. ¿Será una etapa de transición? Quizá un salto hacia algo.

Por fin una breve luz se antoja a salir del pozo, crepita fuera en el mundo queriendo señalar algo. “El mundo está enfermo” parece decir. Echando un vistazo ahí fuera, todo está mustio, pero por fin, la creencia de “quiénes son los locos” se cae por su propio peso. Cae al fin el velo de una “realidad” antigua y obtusa. El mundo se ahoga, no nosotros. El mundo se duele, no yo. El mundo sacude, se resquebraja como mudando de piel, no yo. El mundo está hechizado, maldito, maleducado, sinsentido; no yo. Pero... ¿y ahora qué? Ya no debemos seguirlo más. Ahora pues, ¿dónde debemos recolocar las cosas? Dónde encajarán las antiguas ratas de cloaca, los puercos de estercolero, las desamparadas. ¿Quién es el mundo?

Nada es conexo ya, ni tiene mucho sentido. Lo único que vemos con claridad es que las gigantes siguen ahí erigidas, con su gran e imponente porte que señala donde no volver. Habrá que barrer, limpiar, coser, juntar, ordenar, liberar, soltar, atraer...

Las frases se entrecruzan y parecen no conocerse, pero no, no creo que sea así; tienen su punto de conexión. Pese a la turbiedad de las ruinas que nos dejan, seguimos pudiendo sacar bondad de las cosas, los sucesos, las noches...

imaginación. No debemos tener miedo a lo desconocido, juntar y arreglar las cosas es mejor que una huida hacia delante.

No ha sido el fin, si no que, al fin somos libres. Todo este esperpento y congoja de estar desubicados es simplemente un paso hacia algo más, un salto al vacío que en verdad contiene su fondo, su meseta donde volver a pasear de la mano. No era para tanto, sólo teníamos que perder el miedo y arrimarnos más